

¿Miramos desde otra vía? Relatos sobre masculinidades, violencias y uso de alcohol en espacios de ocio nocturno en la región metropolitana de Barcelona

Let's look from another way? Stories of masculinity, violence, and alcohol use in nightlife places in the Barcelona metropolitan región

ARK CAICYT: <https://id.caicyt.gov.ar/ark:/s23141174/xdo1oyof8>

Ismael Fernández-López⁴

Programa de Doctorado en Estudios de las Mujeres, Discursos y Prácticas de Género
- Universidad de Granada - España

Nuria Romo-Avilés⁵

Departamento de Antropología Social - Instituto Universitario de Investigación de Estudios de las Mujeres y de Género - Universidad de Granada - España

Resumen

El presente artículo analiza dos observaciones etnográficas consignadas en las fiestas patronales de dos localidades de la Región Metropolitana de Barcelona. Los pasajes se seleccionaron entre los siete consignados en cuatro localidades durante los veranos de 2021 y 2022. El objetivo del artículo es analizar la incidencia del modelo de ocio nocturno público en varones con masculinidades hegemónicas en un doble sentido: la influencia en sus consumos de riesgo de sustancias psicoactivas y si estos contextos reducen o mitigan las violencias.

De forma general, los resultados apuntarían a la necesidad de intervenciones de reducción de riesgos más allá de la farmacología o psicología para poner énfasis en el aspecto social, partiendo de un uso equitativo del espacio público y de los recursos basado en diagnósticos locales de las necesidades.

Palabras clave:

MASCULINIDADES HEGEMÓNICAS; FIESTAS PATRONALES; CONSUMOS DE RIESGO; VIOLENCIAS; OCIO NOCTURNO PÚBLICO

Abstract

This article analyzes two ethnographic observations recorded during the patron saint festivals of two towns in the Barcelona Metropolitan Region. The passages were selected from seven recorded in four towns during the

⁴ ismaelfelo@correo.ugr.es

⁵ nromo@ugr.es

summers of 2021 and 2022. The objective of this article is to analyze the impact of the public nightlife model on men with hegemonic masculinities in two ways: the influence on their risky use of psychoactive substances and whether these contexts reduce or mitigate violence.

Overall, the results suggest the need for risk reduction interventions beyond pharmacology or psychology to emphasize the social aspect, based on an equitable use of public space and resources based on local assessments of needs.

Keywords:

HEGEMONIC MASCULINITIES; PATRON SAINT FESTIVALS; RISKY CONSUMPTION; VIOLENCE; PUBLIC NIGHTLIFE

Fecha de recepción: 10 de marzo de 2025.

Fecha de aprobación: 22 de mayo de 2025.

¿Miramos desde otra vía? Relatos sobre masculinidades, violencias y uso de alcohol en espacios de ocio nocturno en la región metropolitana de Barcelona

1. Introducción

1.1 *Masculinidades hegemónicas y consumo de sustancias psicoactivas*

La construcción de las masculinidades puede acercarnos desde otra vía a descifrar desigualdades en espacios de ocio nocturno. Las prácticas sociales construyen formas distintas de masculinidades, aprehendidas en contextos históricos diversos y que, a pesar de los cambios, siguen siendo metaestables a lo largo del tiempo. Para Raewyn Connell (1995) la masculinidad y por extensión el género, no se conforma por un tipo fijo de prácticas, actitudes o creencias; antes bien, hablaríamos de una estructura variable de prácticas jerarquizadas. Mónica De Martino (2013), nos recuerda la transversalidad del género respecto a otros ejes como la clase social e introduce un matiz estratégico a la propuesta de Connell. Para De Martino las personas transitarían las estructuras de género, asumiendo, de entre las prácticas y actitudes disponibles socialmente para ellas, aquellas con mayor prestigio o beneficio en cada caso. De esa forma, las masculinidades hegemónicas serían aquellas capaces de performar actitudes y realizar prácticas prestigiosas en un contexto específico. Con este punto de partida, el concepto de hegemonía aplicada a las masculinidades nos sirve como paraguas teórico para referirnos o englobar una compleja estructura articulada por la superposición de múltiples ejes de inequidad y privilegios (Connell, 1995; De Martino, 2013). De ahí que las masculinidades y el riesgo, sus interacciones y vinculaciones no sean omnímodas y siempre dependen de las especificidades o peculiaridades contextuales.

Con todo, aún podríamos hablar de un modelo referencial general con repercusión a toda escala en nuestras sociedades, atravesando la esfera de lo público y lo privado y teniendo un efecto tanto a nivel colectivo como individual (Uribe, 2020). Esto ha llevado a subrayar los riesgos y problemas de salud a los que se enfrentan los hombres como consecuencia de la interpretación del ejercicio de su identidad y mantenimiento de su posición social (Marcos-Marcos et al., 2020). A tal efecto, la literatura especializada ha descrito como la representación del cuerpo masculino desde la fortaleza y resistencia

física, lleva a hombres con masculinidades hegemónicas a potenciar el cuerpo, sus capacidades deportivas, festivas o laborales, percibiendo su propia biología como un recurso material incombustible, empleando analgésicos y otras sustancias como herramientas para gestionar los malestares consecuentes y facilitar dichas capacidades (Merchán, 2024). Mientras que sus cuerpos constituyen el baremo de sus éxitos, la salud mental quedaría relegada, pues habría una tendencia a jerarquizar las necesidades en pro de una sensación de bienestar fisiológico momentáneo (Merchán, 2024). Sobre el particular, Alejandro Romero (2018) realiza una contribución notable con una investigación cualitativa con jóvenes infractores en Chile precisamente centrada en las interpretaciones y resignificaciones que estos hacen del cuerpo masculino y el placer, concluye que: las masculinidades en estos jóvenes se producen en un proceso mediado por prácticas homoeróticas fruto de un contexto temporal propiciatorio para el distanciamiento de cánones patriarcales de belleza u orientaciones del deseo hegemónicas, en aras de elementos propios, según ese mismo imaginario patriarcal, de géneros no masculinos (Romero, 2018). Desde ese punto de vista, prácticas como el sexo anal entre hombres se justificarían desde lógicas de poder, donde quien penetra asumiría un rol dominante atribuido a la masculinidad, mientras el penetrado asumiría un rol sumiso atribuido a la femineidad. Lo cual, delinea rutas heterodoxas para la conformación y consolidación de identidades masculinas. Romero (2018) denominará a esas rutas o modelos alternativos *masculinialteridad* en contraposición con procesos ortodoxos de conformación de las masculinidades que los denominará *masculinialidad*. Dice Michael Kaufman que:

22

Existe en la vida de los hombres una extraña combinación de poder y privilegios, dolor y carencia de poder. Por el hecho de ser hombres, gozan de poder social y de muchos privilegios, pero la manera como hemos armado ese mundo de poder causa dolor, aislamiento y alienación tanto a las mujeres como a los hombres (1994, p. 142).

El consumo de sustancias psicoactivas posiblemente sea uno de los ámbitos donde mejor se observen las tensiones que para Kaufman caracterizan las masculinidades hegemónicas y sus claras repercusiones no solo para la salud (Marcos-Marcos, et al., 2013), también sobre las formas de relacionarse con, por ejemplo, la violencia

(Pérez-García et al., 2025). La tesis de maestría realizada por Diego Hernández (2025) de la Universidad Autónoma de Aguascalientes, lo ilustra perfectamente mostrándonos el papel de los mandatos de género en la habituación y deshabituación del consumo de metanfetamina entre hombres cisgénero de Aguascalientes (México). Las normas de género de estos sujetos les obligan a ser hombres trabajadores, fuertes, sexualmente activos, sin miedos y responsables de la familia. Inicialmente, la metanfetamina serviría para facilitar esos propósitos. Pero cuando los consumos se tornan problemáticos, hasta el punto de dificultarles seriamente aquello que era una motivación para consumir, se convierten en el principal aliciente para no hacerlo. Alicia Sarahy del Campo-Navarro et al. (2024) realizan un análisis bibliográfico muy interesante al incluir estudios de doce países y cuatro continentes, atreviéndose a lanzar algunas generalizaciones sobre mandatos de género y consumos, sobre todo, de alcohol. Una de sus conclusiones principales refiere al espacio de ocio público como un lugar donde se (re)producen masculinidades. Por ejemplo, la capacidad de ingerir grandes dosis de alcohol sin mostrar efectos adversos, se relacionaría con logros sociales significativos para los hombres. Coincidente en este último punto tenemos un estudio conjunto de las universidades de Jaén y Granada (España) sobre jóvenes temporeros españoles que trabajan en Francia (Pérez-García et al., 2025), el cual añade una dimensión de clase interesante. Para los autores, la precariedad laboral, de condiciones de vida y el rol de los patrones como incitadores y posibilitadores del alcohol, juegan un papel fundamental en los consumos problemáticos y las violencias durante las vendimias. Por añadidura, en referencia concreta a las violencias, el estudio demostraría que en esos contextos de ocio y laborales, los hombres utilizan la desinhibición ética para ocultar o justificar comportamientos violentos destinados a dominar el espacio (Pérez-García et al., 2025). Jeanette M. Wade (2020) ahonda al respecto con una revisión bibliográfica sobre el consumo de alcohol en Estados Unidos, relevante por su enfoque interseccional, pues introduce ejes de inequidad como el racismo. Según lo recabado por la autora, hombres y mujeres blancos beben más que sus homólogos afroamericanos, pues emplean la desinhibición del alcohol como justificación para romper estereotipos como ser personas aburridas, físicamente poco hábiles o sin potencia sexual. En cuanto a los hombres afroamericanos, parece trágicamente demostrado que el racismo en Estados Unidos funciona como disuasor a la hora de realizar consumos intensivos de sustancias, pues se priorizaría el

control de riesgos relacionados con las violencias estructurales recibidas, tal como sería el acoso policial (Wade, 2020). Por el contrario, la tendencia a normalizar y premiar formas exacerbadas de masculinidad blanca, por ejemplo, en el caso estadounidense basado en la resignificación positiva del *red neck* (O'Sullivan, 2016), ha ido aparejado en el sur del país por un aumento de los episodios de consumo intensivo de alcohol entre los varones blancos (Wade, 2020).

Si en este punto volvemos al plano general, una de las grandes conclusiones extraídas de la investigación científica reciente apuntaría que el mayor riesgo de muerte prematura en los hombres es causado por factores evitables (Marcos-Marcos, et al. 2020). Y, en concreto, la cultura masculina sobre el consumo de alcohol es problemática, pues irradia sus consecuencias negativas más allá de la salud o la individualidad masculina (Campo-Navarro et al., 2024; Pérez-García et al., 2025). Partiendo de esta visión general e introductoria sobre masculinidades y consumo de sustancias, pasaremos a un elemento que de forma explícita o implícita sobrevuela en todos los estudios citados anteriormente, la percepción o construcción del riesgo, que en este artículo vincularemos a unos procesos históricos concretos.

24

1.2 Riesgo, Ocio Nocturno y Botellón

El riesgo en el contexto del consumo de alcohol recreativo puede pensarse en relación con la reconfiguración capitalista de los años 80's del siglo XX. Que favorece nuevas formas de acumulación material basadas en las finanzas, la especulación y la oferta de servicios; en detrimento de la industria tradicional (Observatorio Metropolitano, 2011; Besserer, 2014). Lo cual redefine las claves emocionales, morales y éticas de nuestras sociedades para adaptarse a las nuevas realidades materiales sobrevenidas. O, en términos de Federico Besserer (2019), hablaríamos de la aparición de nuevos regímenes sentimentales. Un elemento emergente en el contexto será la noción de riesgo, empleada como una manera de gestionar las incertidumbres propias de unas sociedades cada vez más individualistas donde cuestiones como el trabajo fijo o el mantenimiento del medio ambiente no quedan garantizadas, generando así incertezas y profundas ansiedades. En este punto las vivencias personales pasan a leerse como el resultado de decisiones individuales o "estilos de vida" que conllevan unos riesgos determinados. De esa forma las prácticas adquieren un papel central en la prevención y provisión de un futuro dudoso (Leflaive, 2004).

En el ámbito de la salud implicó un cambio de perspectiva hacia una medicina preventiva muy condicionada por la epidemia de VIH que, por las propias limitaciones de la ciencia médica, se abordó desde el ámbito preventivo (Leflaive, 2004). Así, el riesgo pasó a relacionarse con colectivos y prácticas concretas como los consumos de sustancias venopunzables (Rhodes, 1995), asociándolos con una suerte de otredad contrapuesta a prácticas y estilos de vida, supuestamente, mayoritarios y seguros (Leflaive, 2004; Rhodes, 1995). Sin pretensión de abundar en un tema extenso y complejo, seguiremos a Oriol Romaní (2010) para enmarcar la percepción del riesgo en este estudio, entendiéndolo como un balance entre las probabilidades de éxito y las de sufrir daños. Por tanto, para el autor, asumir riesgos siempre implicaría una expectativa de éxito cimentada en un proceso de aprendizaje grupal basado en experiencias similares. Desde esta perspectiva, Romaní, considera que, en sociedades tendentes a la medicalización, las drogas se convierten en productos de mercado destinados a mitigar problemas cotidianos. Por ello, en nuestras sociedades el riesgo estaría muy relacionado con la gestión de estímulos permanentes que incentivan los consumos (Romaní, 2010).

De forma paralela y ligado del mismo modo a las nuevas lógicas capitalistas, aunque ahora dentro del ámbito de los servicios, surge la industria del ocio nocturno (Feixa, 2021 [1989]). En esta ocasión, el proceso redefine fiestas populares y religiosas en una suerte de sector económico compuesto por promotores de eventos, multinacionales del alcohol e intereses económicos muy variados (Flores, 2006). Ese conglomerado de servicios, al que denominaremos ocio nocturno, tiene la peculiaridad de haberse conformado al margen de buena parte de los avances sociales en lo tocante a la equidad de género y las violencias sexuales (Tarancón et al., 2022). Como ya venimos apuntando, la evidencia científica señala esas resistencias como síntomas de espacios articulados por estereotipos sexuales sobre el consumo de alcohol, empleados para normalizar violencias sancionadas con mayor contundencia en otros ámbitos de la sociedad (Prego-Meleiro et al., 2021; Cruz, 2024). A tal efecto, tanto el racismo (Wade, 2020); como las violencias sexuales (Prego-Meleiro et al., 2021; Tarancón et al., 2022; Cruz, 2024; Pérez-García et al., 2025); como los procesos de destrucción patrimonial y gentrificación asociados al ocio nocturno (Crespi-Vallbona & Mascarillo-Miró 2018), los entenderemos en términos de Besserer (2019). Como regímenes sentimentales cuyo objetivo es presentar de forma natural un determinado ordenamiento social. Si en el ocio nocturno se ejercen

violencias patriarcales con mayor impunidad, es porque está especialmente pensado por y para el disfrute principal de hombres blancos de clase media (Delgado & Carreras, 2008; García-Carpintero et al., 2019). Dentro de esta lógica, personas racializadas, migrantes o mujeres son las y los sujetos proveedores de servicios, no quienes deben disfrutarlos (Besserer, 2019). El ocio, tradicionalmente presentado como inmanente al trabajo, en la realidad constituye un privilegio (Flores, 2006; Cruz, 2024). Una suerte de dispositivo cuyo fin último es, parafraseando a Connell (1995), permitir a los varones [blancos, añadiremos nosotras] cobrar el capital simbólico acumulado a su favor.

Sin embargo, existen un conjunto de prácticas popular y académicamente denominadas Botellón que han demostrado ser capaces de albergar algunas resiliencias y resistencias. Partiendo una vez más de los estilos de vida, la literatura científica definió inicialmente el Botellón como una estrategia glocal producto del descontento juvenil respecto a la oferta de ocio nocturno, cuya característica principal es la reunión de jóvenes en vía pública para, entre otras cuestiones, consumir alcohol (Baigorri et al., 2004). Con posterioridad se impuso la tendencia de tomar la parte por el todo y caracterizar el fenómeno, casi exclusivamente desde el consumo colectivo de alcohol entre jóvenes en vía pública (Egea & Fabre, 2018). Esas descripciones parciales se han empleado tradicionalmente desde el sector empresarial del ocio nocturno, quienes ven en el Botellón una forma de competencia desleal, presentándolo como un síntoma de deterioro urbano (Egea & Fabre, 2018). Todo ello ha impuesto al Botellón la categoría, por el común aceptada, de práctica incívica y de riesgo, empleándola como chivo expiatorio de problemas e inequidades estructurales de mayor calado como el racismo o la pobreza (Mansilla & Yanes, 2022). Sin olvidar el origen del Botellón como un subproducto local de estilo mediterráneo de un mercado global (Baigorri et al., 2004). Debemos reconocer su complejidad, por ejemplo, como terreno especialmente abonado tanto para la reproducción como para la disputa de mandatos hegemónicos de género (Romo et al., 2014, 2016). Su ambigüedad, heterogeneidad y plasticidad es producto de su propia naturaleza, pues el Botellón se produce en la encrucijada entre el ocio y el espacio público. Una intersección de gran valor para las estructuras patriarcales, pues el espacio público nunca es neutro, de hecho, es la infraestructura principal donde la hegemonía impone sus mandatos, pero también donde se le disputan (Lefebvre, 2013 [1974]). Esto convierte los

Botellones en lugares donde las luchas de poder se evidencian y enconan. Con el tiempo, cada nuevo eje de análisis introducido, la edad, el género o la clase social, nos ha descubierto nuevas violencias e inequidades, pero también nuevas formas de contestación.

2. Metodología

2.1 Delimitación del campo de estudio y objetivo: Botellones y ocio público

En el presente artículo analizamos las notas de campo realizadas en botellones observados durante las fiestas patronales de cuatro localidades de la Región Metropolitana de Barcelona en los veranos de 2021 y 2022. El trabajo de campo forma parte de una etnografía efectuada en el contexto de una investigación doctoral defendida el 17 de enero de 2025 en la Universidad de Granada y centrada en el estudio de las estrategias de masculinización durante la práctica del botellón en la región metropolitana de Barcelona. Por el tipo de botellones observados a los que aquí haremos referencia: peculiares por su estacionalidad y temporalidad; por su diversidad demográfica y afluencia de público; y, sobre todo, por su estatus legal. Se decidió darles un espacio y atención exclusivos fuera del texto principal de la tesis, pues consideramos que su análisis tiene un valor singular para la propuesta de nuevas vías en reducción de riesgos en espacios de ocio nocturno. De las siete observaciones o capítulos del diario que componen la sección del trabajo de campo a la cual se le ha dado un trato diferencial, se han seleccionado dos pasajes. Pues consideramos que, dentro de un mismo modelo de ocio nocturno público y con recursos muy similares, cada uno muestra un enfoque o manera de aplicar los recursos representativos dentro de lo observado en el contexto de la investigación doctoral.

La Región Metropolitana de Barcelona constituye una construcción teórica empleada para nombrar el total de la conurbación urbana de la ciudad. Esa supuesta unidad demográfica englobaría una amalgama compuesta por alrededor de 160 municipios y más de cinco millones de habitantes. Los meses de verano en la región tienen la peculiaridad de concentrar la mayoría de fiestas patronales del territorio. Lo cual significa que, desde principios de junio hasta finales de septiembre, prácticamente cada fin de semana alguna localidad cercana a Barcelona está de fiestas. Debemos pensar este tipo de eventos como una forma de ocio nocturno público, pues

está organizado y subvencionado por instituciones locales y se desarrolla principalmente en vía pública, siendo mayoritariamente de acceso libre y gratuito. Cabría añadir como asociaciones y colectivos locales o partidos políticos, suelen aprovechar la ocasión para recaudar fondos para el mantenimiento de sus actividades con la venta de alcohol y comestibles. Todas esas características atraen a perfiles socio demográficos muy diversos con prácticas, intereses, realidades y consumos de sustancias variadas.

Entre esa gran diversidad existe un consenso avalado por la legislación sobre las fiestas patronales como un espacio/momento apto para el consumo de alcohol colectivo en vía pública. De esa forma, la práctica del Botellón, en otras circunstancias duramente sancionada, aquí tendrá la singularidad de estar permitida social y legalmente, facilitando la implementación de recursos para la observación y la intervención, tal y como serían servicios de reducción de riesgos en consumo de sustancias o de atención a las violencias de género.

El objetivo del artículo es analizar la incidencia de este modelo de ocio nocturno público en varones con masculinidades hegemónicas en un doble sentido: la influencia en sus consumos de riesgo de sustancias psicoactivas y si estos contextos reducen o mitigan las violencias.

28

2.2 Técnicas de investigación: hacer etnografía desde el tercer sector

La técnica para la obtención de datos fue la observación participante consignada en diarios de campo. La labor de investigación se imbricó con el desempeño laboral en una entidad (O.N.G.) del tercer sector. La inmersión al campo etnográfico, el rapport y los datos obtenidos, se generaron desde la posición híbrida de etnógrafo/técnico en reducción de riesgos. El servicio ofrecido por esta entidad suele ser contratado por concejos municipales para intervenir en fiestas patronales, fundamentalmente con personas jóvenes realizando primeros consumos, en su mayoría de alcohol o cannabis. La metodología implica desplazar a cuatro profesionales al evento, cuyo objetivo no será evitar consumos, sino ofrecer información sobre el terreno para minimizar riesgos entre quienes han decidido consumir, centrándose en brindar herramientas que faciliten la dosificación y manejo de sustancias como el alcohol. Por ejemplo, pruebas de alcoholemias gratuitas.

En todas estas labores, además de existir una coordinación con funcionarios municipales o emergencias médicas, la hay con un tipo de servicios que merecen una mención específica, pues aparecerán recurrentemente en los diarios de campo. Hablamos de servicios, normalmente coordinados por entidades del tercer sector, pero no solo y dedicados a la atención de personas que, durante la fiesta, estén recibiendo o hayan recibido violencias sexuales o de género. En la comunidad autónoma de *Catalunya* (España), se los denomina *Punt LILA*. Sus equipos suelen conformarse por mujeres con experiencia, conocimientos y protocolos detallados para atajar agresiones patriarcales *in situ* sin elevar los grados de violencia o caer en la revictimización. En la actualidad son parte inherente de los dispositivos municipales en todas las fiestas patronales de la Región Metropolitana de Barcelona. Pudiendo incluso considerarlos un elemento diferenciador respecto al sector del ocio nocturno de promoción privada, donde los *Punt LILA* son muy poco comunes por no decir inexistentes.

2.3 Sesgos: la masculinidad del etnógrafo y el intercambio de saberes

29

Trabajar en servicios de reducción de riesgos como el mencionado, alejado necesaria y abiertamente de enfoques punitivos, confiere un estatus singular, pues forma parte de un dispositivo oficialmente reconocido para informarse sobre el consumo de sustancias sin ser sancionado. Lo cual genera interacciones cortas, en comparación con las relaciones etnográficas clásicas, pero muy focalizadas y con grados muy altos de confianza para hablar de forma orgánica y natural sobre todo de dos temas: de consumos de sustancias y de su vinculación con las violencias y violencias de género. En paralelo, el desempeño como etnógrafo de Botellón interesado por la articulación de discursos, prácticas, inequidades y violencias, conllevó escuchar y valorar anécdotas que a otros perfiles profesionales les resultan menos interesantes. Eso confirmó a quienes participaron, ante sí, ante su grupo de iguales y ante el equipo de intervención, un estatus experto, abriendo espacios para desplegar sus lógicas y saberes. Dejando de ser, en esas ocasiones, intervenciones unidireccionales, para convertirse en intercambios de conocimientos sobre espacio de ocio nocturno y consumos de sustancias; aunque lo dicho, la mayoría de las veces, no implicó relaciones simétricas de poder.

El género, expresión y orientación del deseo o un cuerpo normativos; la clase social autopercibida como *media*; o una edad cercana a los cuarenta años. Conceden al etnógrafo de esta investigación una serie de privilegios estructurales o, en términos de Donna Haraway (1995), una serie de (dis)capacidades perceptivas y analíticas muy concretas o segadas. Un efecto de esa realidad es estar mucho menos expuesto a violencias en contextos de ocio nocturno que otras personas con *performances*, géneros o cuerpos menos normativos. Así, en última instancia, poner el foco en las masculinidades hegemónicas fue una decisión metodológica y moral producto de una situación de privilegio, cuyo fin es observar prácticas de riesgo y escuchar relatos de violencias ejercidas en primera persona, en espacios de ocio nocturno por hombres con masculinidades hegemónicas. Cuando surgieron estos temas, algunos hombres leyeron al etnógrafo en clave disociativa entre *varón-investigador* (Villa, 2018), lo cual indujo en ocasiones a la falsa creencia de unos mandatos de género compartidos. En esas coyunturas, unas veces se optó por *seguir el juego* (Flood, 2013) dejándolos articular las lógicas; otras veces, en situaciones de riesgo, violencias o contrarias a la moral propia, se optó por la confrontación de ideas o actitudes. Ambas situaciones aportaron relatos etnográficos sustanciales a través de la complicidad o de la decepción y el reproche por no encontrar la validación esperada de un supuesto igual.

Tal posicionamiento, sumado a contextos de ocio muy masculinizados donde mostrar actitudes poco normativas supone arriesgarse a recibir violencias, conlleva la contingencia de sobrerrepresentar determinados perfiles en el trabajo de campo. Por ello debe tenerse en cuenta que, aunque la voz más ostensible y ostentosa de estos espacios y este estudio pertenece a un perfil determinado de hombres, nuestro sujeto de estudio. Lo cierto es que existe mayor diversidad de la reflejada por nuestra mirada etnográfica; sin embargo, se optó por asumir dicho sesgo prácticamente como un imponderable derivado del sexo-género, clase social y corporalidad del etnógrafo (Haraway, 1995; Díaz-Benítez, 2013), y aprovechar para sumergirse de pleno en ambientes y contextos masculinizados y hegemónicos. Quienes lean el artículo deberán tener en cuenta estos sesgos para ubicar las potencialidades y limitaciones del análisis.

2.4 Cuestiones éticas: anonimato y fidelidad a las ideas

En los relatos presentados describiremos prácticas, pareceres y actitudes de trabajadores y trabajadoras reconocibles a partir de sus labores públicas y/o técnicas, por ello no solo anonimizaremos sus nombres y datos personales susceptibles de facilitar su identificación, también anonimizaremos el nombre de las localidades o entidades para las que trabajan. Con tal de reflejar la viveza de algunas escenas, se optó al registrarlas en el diario de campo por un formato dialógico. En esos casos debe recordarse que, por la propia naturaleza de la observación participante, no contaremos con la textualidad literal expresada por quienes participaron. Si bien, se ha mantenido una escrupulosa fidelidad a sus ideas y actitudes, teniendo la ventaja añadida del trabajo etnográfico que permite confrontar discursos y prácticas in situ.

3. Resultados

3.1 El Botellón: un espacio para mitigar prácticas hegemónicas

Una de las ventajas mencionadas sobre los espacios de consumo públicos legalmente establecidos son los recursos desplegados sobre el terreno. En ese sentido, las intervenciones con alcoholímetros son de las más efectivas para visibilizar y reducir riesgos. Pues a partir de una tasa objetiva se ofrecen recomendaciones muy precisas para gestionar los consumos presentes y futuros. Otra ventaja de estos espacios es que los grupos de iguales se tornan más porosos y ciertas barreras se diluyen en parte, o al menos se transitan con mayor facilidad, por ejemplo: las diferencias etarias, de género o en las formas de consumo. Veamos el ejemplo de Gaby y Pedro durante las fiestas de la localidad de La Perla, quienes emplearon el alcoholímetro y el servicio ofrecido en el stand de la entidad para mucho más que para obtener una tasa de alcohol espirado.

Gaby es una persona de género no binario de 17 años, se acercó al stand para informarse sobre el consumo de cannabis. Según relató, no le agradaba el alcohol, pues no solía sentarle bien. Por eso, si consume alguna sustancia, prefería la marihuana. De ahí que al ofrecerle realizar la prueba de alcoholemia la declinara, sin embargo, mostró mucho interés por saber cómo funcionaba la intervención en sí y hasta qué hora sería posible realizarla. Finalmente, Gaby y sus amistades se despidieron amistosamente y se marcharon.

Un poco más avanzada la noche conocimos a Pedro, sin saber en ese momento su relación paterno-filial con Gaby. Pedro es un

hombre cisgénero cuya edad, por ese entonces, rondaría la cincuentena. Ese primer encuentro fue en tono distendido y amistoso, si bien no se habló nada de interés en términos de esta investigación. Hacia las dos de la madrugada, Pedro apareció acompañado por Gaby en el stand del servicio para hacer la prueba de alcoholemia, su hijo lo había llevado para ver su tasa. Veamos como quedo registrada la intervención en el diario de campo.

-«Aquí vengo a dar ejemplo»- señala hacia el lado. Al girarme veo a Gaby hablando de espaldas con la chica de gafas y otra mujer. Le pregunto.

-«¿Eres su padre?» Me dice que sí. Le ha hecho venir para ver cuánto alcohol había consumido.

- «Sí, yo soy así, como me has visto antes, siempre de cachondeo» Le saco el alcoholímetro y le hago el test, antes le pregunto cuánto ha bebido. Me dice que lleva bebiendo desde el mediodía: comiendo una cerveza y tres o cuatro por la tarde y un gin-tonic por la noche. Le pregunto si va a conducir esa noche y niega. El test da una tasa de 0,38. Le pregunto si sabe cuánto tiempo debe esperar para que disminuya a cero. Me responde al instante unas ocho horas. Entonces pregunto si conoce a partir de cuanta cantidad es delito, casi sin pensarlo contesta, 0,25. Lo miro sorprendido.

-«Trabajo con un camión y debo tenerlo muy claro». Entonces me empieza a explicar:

-«Nosotros [entiendo que los camioneros] es diferente a la juventud, porque yo tengo más tolerancia, aguanto y asimilo mejor el alcohol»- Le digo que puede notar menos los efectos, pero la alcoholemia es la misma y hay más riesgo, por ejemplo, el hígado se resiente. Me contesta que ya lo sabe y me cuenta una historia: Un día volvía con el camión y quedó con otros compañeros en un bar, tras estar bebiendo toda la tarde, antes de ir para casa debía aparcar el camión. Nada más salir lo paró la policía y le hizo un control de alcoholemia, no recuerda el resultado, pero asegura que era «una barbaridad». Aun así le explicó al agente que estaba bien y no iba lejos, según relató, el policía lo entendió y lo dejó marchar sin más. Explica la historia para hacerme ver que hasta la policía tiene en

cuenta el aguante de los camioneros. Le sonrió y le vuelvo a recordar el trabajo al que somete al hígado.

-«Bueno ya, eso es otra cosa». Aparece Gaby y me pregunta por la tasa de alcoholemia de su padre.

Respondo que para estar de fiesta me parece una cantidad aceptable, añado «¿se la pasamos?» Nos reímos y se despiden

(Diario de Campo, fiestas patronales de La Perla verano de 2022).

Resulta llamativo el perfecto conocimiento de Pedro de los efectos farmacológicos y consecuencias legales de una ingesta intensiva de alcohol; sin embargo, cuando relata el episodio con sus amigos, en su narrativa sobre la percepción del riesgo, no queda claro hasta qué punto estos saberes tienen peso en la planificación de sus consumos. Según sus palabras, sus habilidades como camionero le permiten controlar la fenomenología de una sustancia tan compleja como el alcohol, hasta el punto de poder conducir vehículos pesados con, según él, tasas elevadísimas. Su historia podría ser cierta, ser una exageración o directamente mentirá y, aunque no tenemos motivos para dudar, tampoco tenemos una certeza absoluta. Pero sí podríamos decir que emplea esta historia para construir un discurso que justifique comportamientos de riesgo como conducir un camión ebrio. No es menor que su historia incluya otros hombres con poder que validan su actitud desde un saber supuestamente experto, pues le permite construir una lógica autorreferencial y hermética para cuando decide no tener en cuenta sus propios conocimientos sobre el alcohol.

El hecho que Gaby trajera a su padre al servicio para realizar la prueba de alcoholemia, no tenemos claro hasta qué punto pudo presionarlo, como mínimo nos indica cierto interés por los consumos de Pedro. Conociendo la opinión negativa de Gaby sobre el alcohol, cabe suponer que ese interés pueda estar relacionado con la reducción de la dosis. En ese propósito, el alcoholímetro y el servicio en general fueron claves a la hora de dar herramientas a Gaby para intentar compensar la narrativa de Pedro mediante un dato cuantitativo claro, la tasa de alcoholemia.

Lo vivido en primera persona por el etnógrafo y la narración de Pedro, sea escrupulosamente cierta o no, nos remiten a dos contextos distintos. La narración a un imaginario plenamente heteromasculino-cisgénero, donde entran en juego estereotipos como la fortaleza y resistencia masculina a factores como el consumo de

alcohol, la capacidad de manejar el peligro y la supeditación de hechos científicos a experiencias personales muy puntuales.

Por otro lado, lo vivido nos remite a un contexto diverso, donde entran en juego elementos familiares, formas de masculinidad no hegemónicas o recursos municipales, donde la narrativa autorreferencial de Pedro puede ser contestada, por ejemplo, por sus seres queridos. Para Pedro el elemento familiar es fundamental, en sus propias palabras, debe dar ejemplo. Esto modifica su percepción del riesgo dándole una dimensión colectiva que su narración no tenía. Los recursos municipales, como el alcoholímetro, en este caso, serían un mero apoyo para que Gaby dispute la narrativa sobre el riesgo a su padre.

3.2 Clase social y racismo: botellón y privilegios.

En el pasaje anterior hemos visto un ejemplo de la percepción del riesgo como una construcción colectiva y cambiante, hasta lo observado, para Pedro, depende de si comparte el espacio con su hijo o con sus colegas. Pero tal y como apuntábamos en la introducción, esta construcción tiene un componente estructural muy marcado que muchas veces radia desde las propias instituciones y que debemos tener en cuenta. Veamos el caso de Vilacert consignado el verano de 2021 durante sus fiestas patronales.

34

El primer día de fiestas, nos estaba esperando junto al Punt LILA la funcionaria del ayuntamiento que ha contratado a la entidad y la jefa de policía local. [...] La jefa de policía nos explica su preocupación, sobre todo por el botellón realizado en un aparcamiento al final del pueblo. Mientras nos acompaña hasta el lugar, describe el tipo de conflictos que podemos encontrar y el dispositivo policial desplegado para evitarlo:

Según relata al aparcamiento acuden jóvenes con coches, hacen trompos, carreras y conducen borrachos, además al lado hay un «albergue» para los trabajadores de la vendimia (un polideportivo acondicionado con camastros) y la noche anterior algunos la emprendieron a pedradas con los jornaleros. Cuando uno de mis compañeros pregunta si era una cuestión de racismo, rápidamente lo niega, haciéndose la extrañada, como si la pregunta no viniera a cuento.

Su plan esa noche es no patrullar dentro del aparcamiento, permitiendo así el botellón, para poner un control de alcoholemia en el camino de acceso y no consentir el paso de nadie que haya bebido. Pero termina reconociendo que muchos eluden los controles empleando los caminos sin asfaltar que existen entre las viñas que rodean la localidad» (Diario de campo, Fiestas patronales de Vilacert, verano de 2021).

Antes de continuar con el análisis, veamos dos fragmentos del diario de campo registrados durante las fiestas patronales de Vilacert, para conocer algunos de los jóvenes que encontramos en el botellón del aparcamiento. La primera se produce tras el recorrido con la jefa de policía, en una intervención itinerante en las proximidades del aparcamiento.

[La jefa de policía] Nos vuelve a dejar en el Punto LILA. Dividimos el equipo y me toca el primer turno de itinerancia con otro compañero. Hay muy poco ambiente, realizamos algunas alcoholemias y poco más. La mayoría de los jóvenes forman grupos aislados, están fumando o bebiendo mientras esperan a amigos o mientras ven los fuegos artificiales. Lo único destacable sería un grupo de cinco jóvenes, a los que vemos beber [alcohol], les proponemos hacer el test y dos de ellos acceden: dan 0:0, pese a repetir la prueba un par de veces da el mismo resultado.

Uno de ellos, con media melena y el pelo trenzado, [...] asegura conducir un Audi y beber cuando conduce. Según él, siempre le pasa lo mismo, da 00. El otro amigo también asegura conducir, pero sin carnet. Le pregunto la edad y responde, 19. Cuando continúo preguntando si no le preocupa que lo detenga la policía, se ríe.

-«Eso no es problema»- Cuando les hacemos el test les preguntamos cuanto han bebido, nos dicen que llevan bebiendo desde el mediodía. (Notas del etnógrafo: Sinceramente no creo que hayan bebido todo lo que dicen, igualmente me parece un misterio el resultado del alcoholímetro. Qué peligro creo que se consideran inmortales.) (Diario de campo, Fiestas patronales de Vilacert, verano de 2021)

El segundo fragmento pertenece al segundo día de fiestas patronales de Vilacert, la observación se produce dentro del aparcamiento.

Cuando llegamos [el aparcamiento] está llenándose de jóvenes con coches. Uno de ellos comienza a circular a toda velocidad por el interior del parking, haciendo trompos, sin embargo, a medida que llegan otros coches esto se reduce, pues no hay espacio para hacerlo. La mayoría ya nos conocen de días anteriores o les han hablado de nosotros: “los del alcoholímetro”.

Realizamos algunas alcoholemias y vuelven a surgir jóvenes que aseguran conducir sin carnet. Sin duda los caminos de tierra favorecen este tipo de prácticas. Hay varios coches con música a donde los y las jóvenes se acercan para bailar y hablar. Parece que en términos generales todos se conocen, pues cuando intervenimos rápidamente grupos aparentemente diferenciados se mezclan y parecen uno solo. Se establece cierta competitividad con los alcoholímetros y por eso los dejamos a un lado y comenzamos con el drogo trivial⁶. Tras estar un rato veo al chico de las trenzas que dio 00 el día anterior. Llega en su coche con cuatro jóvenes más (efectivamente, tiene un Audi). Aparca, baja y lo saludo, le pregunto cómo está, asegura estar bien. Le cuento que ayer me quede muy extrañado con sus resultados y si querría repetir el test, me dice que sí, pero hoy ha bebido menos y cree que pasará lo mismo. Sonrío y saco el alcoholímetro. Cuando sopla da 0,27.

-«Aja no eres inmortal»- se ríe, en ese momento llegan sus amigos y se lo llevan, nos despedimos y continuo con la itinerancia. (Diario de campo, Fiestas patronales de Vilacert, verano de 2021)

Sin considerar Vilacert una localidad rural, pues entre otras cuestiones es una de las ciudades de la Región Metropolitana de Barcelona capaces de generar centralidades más allá de la ciudad

⁶ Una dinámica tipo Trivial, pero con preguntas sobre reducción de riesgos en consumos de alcohol y cannabis.

condal. Al situarse en una zona con una importante industria agrícola, su entorno y orografía la hacen un tanto peculiar en cuanto al tipo de riesgos planteados. En el aparcamiento encontramos jóvenes varones con un discurso formado, consolidado y realmente hermético en torno a su propia invulnerabilidad ante los efectos del consumo de alcohol, conjugado con un urbanismo que facilita la conducción clandestina.

En definitiva, un espacio regido por masculinidades que prestigian cuestiones como el tipo de coche, la música, realizar importantes ingestas de alcohol u ocupar el espacio de forma ostentosa. Cabe destacar que, en una zona donde viven ciudadanos y ciudadanas con historias de migración, atraídas en su momento por la industria agrícola de la zona, en el aparcamiento todas las personas observadas eran de fenotipo blanco. Del mismo modo, resultaba curioso ver a personas realmente jóvenes, algunas menores de edad, conduciendo coches potentes y caros. Todo ello nos hace sospechar que el perfil observado en este aparcamiento se refiere a un estrato poblacional concreto de Vilacert: en su mayoría jóvenes blancos provenientes de familias con recursos suficientes como para prestarles buenos coches el fin de semana. Esta uniformidad de perfiles tan masculinizados y normativos, terminó conformando un discurso monolítico en torno a la superación del riesgo que, sin encontrar frenos, exacerbaba las actitudes en este espacio.

Visto lo visto no cabría considerar infundadas las preocupaciones de la jefa de policía, de hecho, el plan de acción propuesto, en principio, dejaría margen a la intervención en reducción de riesgos, reconociendo las limitaciones e intentando destinar recursos especializados allí donde es evidente que no se tienen la capacidad de actuar policialmente con eficiencia. La cuestión es ¿Esa preocupación se extiende a la mayoría de jóvenes de Vilacert? Veamos un fragmento del diario de campo consignado el último día de las fiestas. Tras haber vivido lo relatado anteriormente, se produjo una escena que ayudara a organizar la parte del puzzle que nos falta.

Junto al Punto Violeta hay un riachuelo que cruza todo el parque, por la orilla hay un joven rodeado de unos diez policías locales, se tambalea con los ojos en blanco balbuceando. Los policías lo rodean, pero no lo ayudan. El joven intenta salir del cauce, pero la pendiente lo vence y se desploma rodando hasta la orilla, uno de los policías se acerca y lo coloca en posición de seguridad. Dos se

quedan junto al joven y el resto crea un cordón policial. Hay dos jóvenes que intentan acercarse hasta el joven desmayado (los tres menores de edad), pero los policías no se lo permiten. Los chicos les explican que son amigos. Uno de los policías los manda callar. Los chicos insisten y uno de ellos toca al policía para llamar su atención. El policía se gira y los empuja con bastante fuerza sin decir nada, los chicos no se amedrentan e increpan al policía, este se dirige hacia ellos rápidamente seguido por un par de compañeros.

En ese momento, Susan, mi compañera esa noche, y yo decidimos intervenir. Yo me sitúo entre la policía y los jóvenes y, abrazando a los jóvenes, los alejo del policía. Los voy arrastrando poco a poco mientras les digo en voz baja

-«Tranquilos, no veis que están deseando pegaros»- uno de ellos responde

-«A mí me da igual, que me detenga. Me da igual todo»- Lo miro y le digo

-«No creo»- entonces el chico me mira y me pregunta algo en árabe, me quedo parado sin saber qué decir. El compañero riéndose me traduce

-«¿Eres secreta?»- les señalo el peto que llevo puesto con el logo de la entidad y les abro la bolsa enseñándole el material de reducción de riesgos.

-«Que va loco, yo estoy aquí para ayudar»- se ríen y empiezan a hacer bromas en árabe.

Entre tanto, Susan habla con el policía de los empujones, quien nos recriminaba obstaculizar su trabajo. Susan le explica que el ayuntamiento nos ha contratado entre para reducir conflictos relacionados con consumos y que nuestra labor, al final, es facilitar la suya.

Sin esperarlo, se nos aproxima una mujer de unos cuarenta años muy indignada. Recrimina a los policías su racismo, pues en lugar de ayudar al joven llevan un cuarto de hora persiguiéndolo por el río y riéndose de él. También increpa a las compañeras del Punto Violeta, les dice.

-«Un punto lila es para todos, porque no hacéis nada».- Al ver que hemos intervenido, la mujer nos toma como cómplices para expresar su desacuerdo con la actuación

general. Es un poco incómodo, pues una de las trabajadoras del Punto Violeta es la empleada del ayuntamiento que nos ha contratado, también está la jefa de policía de paisano, quien se mantiene totalmente al margen.

Los policías llaman a la ambulancia. Mientras esperamos hablo con los jóvenes. Les pregunto por los consumos de su compañero, aseguran que bebió una botella de vodka él solo y que siempre hace lo mismo y acaba igual. Les pregunto si han avisado a su familia y me responden que no tienen familia. Me los quedo mirando extrañado y me cuentan que su familia está en Marruecos, ellos viven en un centro, en el pueblo de al lado. Les pregunto si necesitan avisar a alguien y me contestan que la policía se encarga. Cuando llega la ambulancia le ponen una manta térmica al joven inconsciente. [al verlo] Uno de sus amigos se asusta y pregunta por qué hacen eso, le explico que simplemente lo tapan para evitarle una hipotermia. Entonces me acerco a uno de los policías y le comento que los chicos tienen derecho a saber cómo está su amigo. A esas alturas, aparte de la mujer indignada, la cual sigue increpando, se ha reunido una buena audiencia. Ahora los agentes se muestran mucho más amables, el policía accede y los jóvenes se acercan.

-«No os preocupéis que está bien»- Una de las policías aprovecha y me coge aparte.

-«Puede ser que hayan esnifado cola, porque hace un momento estaban tan bien»- Respondo.

-«No sé..., a mí me parece el resultado de beber rápido»- Continúa explicando que son de un centro y han llamado para que vengan a recogerlos.

-«Pueden estar fuera hasta las 20:00, si los vemos después los mandamos directamente de vuelta»- Sonríe y me despego de ella para irme de nuevo con los jóvenes. Hasta ese momento no me había dado cuenta, pero las y los agentes nos están rodeando, “custodian” a los dos menores hasta que vengan a buscarlos.

[...] Aparece un hombre alto que se lleva a los jóvenes en una furgoneta blanca. Va hablando con ellos, pero en un momento dado se gira y viene hacia nosotros.

-«Solo es para daros las gracias..., lo que pasa es que toma medicación y claro...» le damos las gracias también a él y se marcha apresurado (Diario de campo, Fiestas patronales de Vilacert, verano de 2021).

En paralelo a los jóvenes del aparcamiento tenemos a un grupo de tres menores de edad cuya familia se encuentra en Marruecos y que en este momento están tutelados por el estado. Quizás lo más llamativo, si quisiéramos comparar situaciones, sería la gran diferencia de recursos entre los jóvenes del aparcamiento y los del río. Pero mucho más elocuentes resultan las palabras de la agente de policía: *“Pueden estar fuera hasta las 20:00, si los vemos después los mandamos directamente de vuelta”*. Estos nos indica un toque de queda, una restricción sensible de sus libertades en comparación con las de sus compañeros que, a partir de cierta hora, da una nueva dimensión al riesgo para estos jóvenes. En este caso no existe ni un espacio ni un servicio pensado para sus consumos o policonsumos, pues la clandestinidad es su condición, sobre todo a partir de las 20:00. Sus actitudes ante la policía son igualmente desafiantes, pero a diferencia de los jóvenes del aparcamiento, no cuentan con los recursos necesarios para intentar equilibrar la balanza. De hecho, es significativo que la agente pregunte si el estado del joven inconsciente pueda tener que ver con la inhalación de disolvente, lo cual indica un imaginario alejado de consumos normativos y cercano a ciertos estigmas en torno a la pobreza.

La reacción de uno de los jóvenes cuando colocaron la manta térmica a su amigo, pasando de una aparente indiferencia a una preocupación sin disimulos. Junto a sus historias de migración en soledad desde Marruecos, fácilmente nos podría hacer imaginar vivencias traumáticas y dolorosas. Sin necesidad de imaginar, sabemos por boca de un educador de los jóvenes, que el chico inconsciente tomaba medicación psiquiátrica, lo cual vendría a confirmar al menos en parte la presencia de pesares y malestares emocional, sin saber en este caso su calado. En cualquier caso, consideramos que la percepción del riesgo en esta ocasión está muy vinculada a la gestión de violencias estructurales como el racismo y al estímulo para el consumo o policonsumo que suponen ciertos pesares emocionales derivados de una situación de pobreza e injusticia tanto aquí como en sus lugares de origen.

En este caso, el elemento fundamental que redujo los niveles de violencia no fueron los servicios del tercer sector contratados, fue

la presencia de personas sin vinculación aparente, pero que, como el coro de una tragedia griega, aparecieron para hacer recriminaciones morales, éticas y sancionar comportamientos, incluidos la inactividad de ciertos recursos como el *Punt LILA*. Decir ante este último respecto que no estamos del todo de acuerdo con esas recriminaciones, pues estos servicios no están concebidos para este tipo de situaciones y no deberíamos presuponer sus conocimientos o capacidades para abordarlas con efectividad y seguridad.

4. Conclusiones.

4.1 Percepción masculina del riesgo.

Un elemento recurrente en los pasajes narrados es que sus protagonistas parecen participar de una cultura del alcohol masculina (Campo-Navarro et al., 2024; Pérez-García et al., 2025) muy vinculada al mantenimiento de su identidad (Marcos-Marcos et al., 2020), la cual fácilmente radia sus consecuencias en términos de riesgos a sectores amplios de la sociedad (Uribe, 2020). En esta línea y coincidiendo con Campo-Navarro et al. (2024) los espacios observados se mostraron lugares excepcionales para la (re)producción de masculinidades que premiaron prácticas como la ingesta intensiva de alcohol, mostrando el menor número posible de síntomas. De hecho, observamos que cuando salieron cuestiones farmacológicas medibles de forma relativamente objetiva como una tasa de alcoholemia, estas fueron rápidamente resignificadas a partir de capacidades físicas y habilidades totalmente sobredimensionadas e irreales, pero consistentes con los imaginarios masculinos descritos por Merchán (2024). Que estos preceptos fueran similares en personas a priori tan diferentes como Pedro o los jóvenes del aparcamiento de Vilacert, podría apuntar a la existencia del tipo de rutas ortodoxas de conformación de la identidad masculina que Romero (2018) denomina *masculinialidad*.

En el caso de Pedro, además, observamos un elemento descrito por Hernández (2025) entre hombres consumidores de Aguascalientes, hablamos del efecto mitigador de los consumos producido por las responsabilidades familiares vinculadas culturalmente a la masculinidad. Para Pedro, Gaby supone un polo a tierra, le da a su hombría un sentido de responsabilidad colectiva, en este caso para ejemplificar la capacidad de gestionar los impulsos que incitan sus consumos (Romani, 2010). Un elemento clave de la

cuestión es el uso del espacio público, en La Perla este se ofrece de forma similar para todo el mundo, no existen zonas específicas para perfiles concretos. Así, la fiesta se desarrolla de forma comunitaria en un ambiente diverso, donde entran en juego elementos como la percepción de Gaby sobre los consumos de alcohol. Aquí el entorno favoreció un diálogo o comparación entre modelos patriarcales de masculinidad y procesos de construcción de identidades masculinas alternativos (Romero, 2018). En este contexto, hasta donde se pudo observar, los servicios de reducción de riesgos mostraron su utilidad como soporte a cuestionamientos de la hegemonía que mitigaron actitudes y prácticas de riesgo.

4.2 Masculinidades, Botellón y clase social.

Por el contrario, en Vilacert se acota policialmente una suerte de zona de exclusión para que jóvenes de la localidad puedan consumir sustancias, a la par se contrata un servicio de reducción de riesgos para intervenir. Esta “permisividad” conlleva como contrapartida que fuera de los lugares estipulados para el consumo de alcohol, consumir o mostrar síntomas de ebriedad muy obvios será sancionado con cierta dureza por los dispositivos de seguridad. Aunque esto último se puede subvertir según los recursos disponibles entre los jóvenes, por ejemplo, si se cuenta con coches de alta cilindrada. Añadamos, por parte de las instituciones, una conceptualización de la juventud como subgrupo social homogéneo, minusvalorando que en su seno se puedan dar situaciones como violencias racistas. De esa manera, en Vilacert, se intentará contener en un espacio concreto los consumos juveniles percibidos de riesgo (Egea & Fabre, 2018; Mansilla & Yanes, 2022); sin embargo, la supuesta zona de exclusión se torna una zona de privilegios para el uso y disfrute de ciertos estratos sociales (Prego-Meleiro et al., 2021; Taracón et al., 2022; Cruz, 2024), donde el riesgo está plenamente vinculado al control de los sobre estímulos y la abundancia que incentivan sus consumos y actitudes (Romaní, 2010), un lugar donde encontrar un freno resulta realmente difícil. En ese contexto, el servicio de reducción de riesgos no se mostró efectivo, pues a diferencia del botellón de La Perla, no encontró anclajes o personas aliadas que compartieran el discurso sobre el consumo de alcohol. Produciéndose un efecto de reverberación de las actitudes de riesgo por no encontrar oposiciones o contestación con verdadera autoridad en el contexto.

El pasaje de Vilacert serviría para sumar evidencia a los análisis de Wade (2020), Campo-Navarro et al. (2024) o Pérez-García et al. (2025), pues se observaron, tal y como apuntan estas investigadoras en sus estudios, riesgos diferenciales según la clase social o la etnia. En nuestro caso, la conducción de vehículos de alta cilindrada bajo los efectos del alcohol, sería un tipo de riesgo que involucraría a perfiles sociales muy concretos dentro de la localidad: hombres, blancos, jóvenes y con cierto poder adquisitivo (O'Sullivan; 2016). En contraposición, observamos otro perfil de jóvenes racializados, con pocos recursos materiales, escasas o nulas redes familiares y cuyas libertades están seriamente restringidas por elementos como un toque de queda. El riesgo para estos jóvenes no consiste en gestionar la abundancia, sino en evitar y encajar violencias estructurales (Wade, 2020; O'Sullivan; 2016).

En el planteamiento de reducción de riesgos en Vilacert queda patente la máxima de Lefebvre (2013 [1974]) sobre el espacio público, el cual nunca es neutro. Pues partiendo de conceptualizaciones del riesgo similares a las descritas por Rhodes (1995) o Leflaive (2004): el riesgo es percibido como prácticas o estilos de vida propios de la otredad, en nuestro caso la juventud. Por ello, en Vilacert el espacio público estaba segregado. De acuerdo con las conclusiones de Mansilla y Llanes (2022), opinamos que, si deseamos intervenir, no podemos concebir los botellones como zonas marginales ni achacar problemáticas sociales de amplio espectro a prácticas concretas realizadas por sectores poblacionales específicos.

Dicho esto, si tuviéramos que contestar cuál es la incidencia de los espacios públicos de ocio nocturno en las masculinidades hegemónicas, no podríamos ofrecer una respuesta concluyente por no considerar la evidencia aportada suficiente. Sí, podemos señalar algunas cuestiones que nos parecen relevantes de nuestros resultados: el ocio público *per se* no parece tener una influencia especialmente positiva sobre actitudes y prácticas hegemónicas, pues esa influencia varió considerablemente según el planteamiento de las instituciones a la hora de organizar los festejos y conceptualizar el riesgo. En estos escenarios los servicios de reducción de riesgos solo se mostraron útiles, en el sentido de movilizados hacia el tipo de prácticas propuestas, cuando en el contexto se encontraron personas aliadas que asumieron un papel referente y ayudaron a difundir y explicar en términos émicos el discurso de reducción de riesgos.

Partiendo de estas primeras ideas, consideramos estar en disposición de realizar algunas sugerencias para ayudar a orientar futuras intervenciones en espacios de ocio nocturno.

5. Espacios públicos de ocio nocturno: sugerencias para la equidad

La evidencia científica anterior a este artículo ya había mostrado que, hoy, más que nunca, pierde sentido defender la reducción de riesgos o daños en espacios de ocio nocturno centrada en sus vertientes farmacológica o psicológica (Prego-Meleiro et al. 2021; Tarancón et al., 2022; Cruz, 2024). El abordaje teórico desde las estrategias de masculinización (De Martino, 2013) simplemente profundiza y aporta nueva evidencia en este sentido. No hablamos de individuos enfermos imbuidos por efectos de potentes sustancias. Al contrario, hablamos de estrategias bien formuladas y articuladas por regímenes sentimentales (Besserer, 2019) que normalizan, invisibilizan, perpetúan y crean nuevas formas de violencias estructurales. Tal y como hemos visto, no existe un planteamiento institucional unitario sobre la conformación de los espacios públicos de ocio nocturno, aquí hemos mostrado dos propuestas diferentes. Ambas con recursos y servicios municipales similares, pero diferenciadas en los usos del espacio público que las instituciones locales favorecían y permitían en cada caso. De las dos, aquella con mayor segregación de perfiles, demostró tener menor capacidad para mitigar prácticas de riesgo o violencias, entre otras cuestiones, porque para su implementación se perpetraron violencias como el racismo ¿Acaso deberíamos replantear si estamos enfocando al tipo de riesgos que hoy se enfrentan en el ocio nocturno? Parafraseando a Kaufman (1994) los mayores riesgos descrito en nuestros resultados los generaron esa mezcla de poder y privilegios; dolor y carencia de poder en los hombres (pp. 142). La información sobre sustancias es importante, pero quizás tras años incidiendo en esas cuestiones y a la luz de los avances facilitados por el feminismo, haya riesgos y necesidades, antes ocultos, y que en este momento necesitan atención prioritaria (Prego-Meleiro et al., 2021; Tarancón et al., 2022; Mansilla & Yanes, 2022; Cruz, 2024).

Si quisiéramos ofrecer algunas orientaciones para reducir riesgos en consumos de alcohol de masculinidades hegemónicas, sin duda, el primer punto haría referencia a la necesidad de realizar estudios o diagnósticos de carácter local que describan detalladamente las zonas específicas donde se va a intervenir. Para

ello, las instituciones municipales deberían entender el ocio nocturno como una cuestión de interés público al nivel de la educación o la sanidad. Ya que, del mismo modo, encontramos que tiene fuertes repercusiones en la salud y en la construcción de relaciones equitativas en nuestras sociedades.

Partiendo del diagnóstico previo, un comienzo podría ser atender a la equidad en el uso del espacio. Antes de intervenir, correspondería pensar en las singularidades demográficas del territorio y en función de estas, planificar el uso del espacio público de forma equitativa, aplicando recursos adecuados a cada lugar. Procurando fomentar al máximo la diversidad de perfiles sociales para favorecer la porosidad de prácticas y discursos hegemónicos que, en otras circunstancias, se tornaran autorreferenciales e impenetrables. No podemos crear zonas de privilegios y después esperar de un *Punt LILA* que trabaje problemas estructurales como el racismo.

El último punto se vincula con unos servicios de reducción de riesgos capaces de atender las especificidades y necesidades de los perfiles socio demográficos detectados. Aquí la cuestión de fondo son la cantidad y cualidades de los recursos destinados, una intervención puntual y generalista sobre consumos jamás será incisiva ni movilizadora en un lugar como el aparcamiento de Vilacert. Pues se necesitaría una presencia prolongada, conocer a las personas para detectar los perfiles no hegemónicos y ofrecerles a estos, si lo desearan, herramientas de ponderación para, con el tiempo, constituirse en personas capaces de agrietar los discursos monolíticos desde el interior.

Con lo dicho, estimamos haber contribuido a discutir las intervenciones en espacios de ocio nocturno más allá del corolario de la farmacología o la psicología, aportando nuevos casos a la evidencia científica previa que ya venía señalando la preponderancia de factores como el género o la clase social en los consumos de alcohol u otras drogas. En ese sentido, las fiestas patronales y sus botellones pueden ser una oportunidad para ensayar modelos de ocio nocturno con incidencias positivas sobre masculinidades hegemónicas, sus consumos y sus prácticas de riesgo; sin embargo, para seguir profundizando será necesaria voluntad política con una mirada interseccional, transdisciplinar y feminista hacia los consumos de alcohol en particular y de sustancias psicoactivas en general.

6. Bibliografía

Baigorri, A. Fernández-Díaz, R. Chaves, M. Barbolla, D. (2004).
***Botellón: un conflicto posmoderno.* Icaria Editorial.**

- Besserer, F. (2014). Comentarios críticos y cinco propuestas para pensar la migración en el momento actual. *Desacatos*, 46. 88-105.
- Besserer, F. (2019). *Estudios transnacionales. Claves desde la antropología.* Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Iztapalapa/División de Ciencias Sociales y Humanidades. Departamento de Antropología.
- Campo-Navarro, A. Cervera-Vallejo, M. Medina, P. Álvarez-Aguirre, A. Fuentes-Ocampo, L. (2024). Influencia de la masculinidad y la femineidad en el consumo de alcohol en jóvenes: revisión de alcance. *Aquichan*, 24(2), 1-20.
- Connell, R. W. (1995). *The social organization of masculinity.* Universidad de California Press.
- Crespi-Vallbona, M. Mascarilla-Miro, O. (2018). La transformación y gentrificación turística del espacio urbano. El caso de la Barceloneta (Barcelona). *EURE*, 44(33), 51-70.
- Cruz, C. (2024). Tourism, nightlife and violence against women: a look at Plazuela Machado in the city of Mazatlán, Mexico. *PASOS. Revista de Turismo y Patrimonio Cultural*, 22(4), 641-656. <https://doi.org/10.25145/j.pasos.2024.22.042>.
- De Martino, M. (2013). Connell y el concepto de masculinidades hegemónicas: notas críticas desde la obra de Pierre Bourdieu. *Estudios Feministas, Florianópolis*, (21) 283-300.
- Delgado, M. Carreras, J. (2008). Pràctiques d'exclusió als locals nocturns del centre històric de Barcelona. El dret d'admissió com a tècnica de discriminació racista. En Generalitat de Catalunya, Departament d'acció Social i Ciutadania, Secretaria per a la Immigració (Eds.) *Recerca i immigració - Col·lecció, Ciutadania i Immigració Núm. 1.* (pp.195-216).
- Díaz-Benítez, M. (2013). Algunos comentarios sobre prácticas sexuales y sus desafíos etnográficos. *Apuntes investigación CECYP*, 23, 13-33.
- Egea, C. Fabre, D. (2018). Análisis de un espacio público de uso juvenil. El botellódromo en Granada. *Geografías*, 26, 34-52.
- Feixa, C. (2021 [1989]). Pijos, progres y punks. Hacia una antropología de la juventud urbana. *Revista Periferia*, 26(1), 191-207. <https://doi.org/10.5565/rev/periferia.834>.

- Flood, M. (2013). Negociación de género en la investigación sobre hombres entre hombres. En B. Pini y B. Pease (Eds.), *Hombres, masculinidades y metodologías* (pp. 64-76). Palgrave.
- Flores, M. (2006). Las fiestas populares en la modernidad: celebración y sufrimiento en la fiesta mayor de Gracia de Barcelona. *Mal-Estar e Subjetividade / Fortaleza*, 1, 201 -2018
- García-Carpintero, M. Repullo, C. Romo, N. (2019). Acoso sexual juvenil en los espacios de ocio nocturno: Doble vulnerabilidad femenina. *Lectora*, 25, 329-348.
- Haraway. D (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Ediciones Cátedra universal.
- Hernández, D. Robles, L (coaut). (2025). *“INO SEAS JOTO!” Masculinidades y consumo de Metanfetamina: Experiencias de hombres cisgénero de centros residenciales del Estado de Aguascalientes*. [Tesis de maestría, Universidad Autónoma de Aguascalientes]. URL: <http://hdl.handle.net/11317/3215>.
- Kaufman, M. (1994). Men, Feminism, and Men’s Contradictory Experiences Of Power. En Harry Brod, H. Kaufman, M. (eds.). *Theorizing Masculinities*, Thousand Oaks. Sage Publications (pp. 142-165).
- Lefebvre. H (2013 [1974]). *La producción del espacio*. Capitán Swing Libros, S. L.
- Leflaive. G. (2004). Consumo de Drogas ilícitas: Estilos de Vida, Riesgos y Realidades. *Política y Sociedad*, 41(2), 203-221.
- Mansilla, J. Yanes, S. (2022). *El fenomen del botellot a la ciutat de Barcelona. Perspectives des de la joventut*. Sindic de Greuges de Barcelona.
- Marcos-Marcos, J. Mateos, J. Gasch-Gallén, À. Álvarez-Dardet, C. (2020). El estudio de la salud de los hombres desde una perspectiva de género: de dónde venimos, hacia dónde vamos. *Salud colectiva*, 16, 22-46.
- Marcos-Marcos, J. Romo, N. Lozano, R. Cuadros, J. Calvente, M. (2013). Performing masculinity, influencing health: A qualitative mixed-methods study of young Spanish men. *Global Health Action*, 8(1), 1-11.
- Merchán, H. (2024). Narrativas dominantes de la masculinidad tóxica en varones con comportamientos de riesgos. *RAIN*, 4(8), 113-126.
- O’Sullivan, S. (2016). Playing “Redneck”: White Masculinity and Working-Class Performance on Duck Dynasty. *The Journal of Popular Culture*, 49(2), 367-384.

- Observatorio Metropolitano (2011). *La crisis que viene. Algunas notas para afrontar esta década*. Traficante de sueños.
- Pérez-García, R. Agrela-Romero, B. López-Morales, J. (2025). Masculinidades en Contextos de Migración Temporera entre España-Francia: Jóvenes, Consumo de Alcohol y Violencia de Género. *Masculinities & Social Change*, 4(1), 92-112.
- Prego-Meleiro, P. Montalvo, Genma. García-Ruiz, C. Ortega-Ojeda, F. Ruiz-Pérez, I. Sordo, L. (2021). Diferencias de género en percepciones sobre violencia sexual, igualdad y agresiones sexuales facilitadas por drogas en ocio nocturno. *Revista Latinoamericana de Educación Inclusiva*, 14(2), 115-129.
- Rhodes, T. (1995). Theorizing and Researching «Risk»; Notes on the Social relations of Risk in Heroin Users' Lifestyles. En Davies, P. Hart, G. (eds.), *AIDS: Safety, Sexuality and Risk* (pp. 125-143). AGGLETON.
- Romaní, O. (2010). De jóvenes y riesgos, algunas propuestas teóricas. En Romaní, O. (Coord). Planas, A. (Coord). Soler, P. (ed. lit). *Jóvenes y riesgos, ¿Unas relaciones ineludibles?* (pp.15-32. Bellaterra.
- Romero, A. (2018). Construcción de masculinidad y belleza masculina en jóvenes varones infractores de ley consumidores problemáticos de drogas. *Ultima década*, 26(48), 107-132.
- Romo, N. Marcos-Marcos, J. Gil-García, E. Marquina-Marquez, A. Tarragona, A. (2014). Bebiendo como chicos: consumo compartido de alcohol y rupturas de género en poblaciones adolescentes. *Revista Española de Drogodependencia*, 40 (1), 13-28.
- Romo, N. Marcos-Marcos, J. Gil-García, E. Marquina-Marquez, A. Tarragona, A. (2016). Intensive alcohol consumption by adolescents in Southern Spain: The importance of friendship. *International Journal of Drug Policy*, (2016). <http://dx.doi.org/10.1016/j.drugpo.2016.01.014>.
- Tarancón, P. Romo, N. Pavón-Benítez, L. (2022). “Yo sí te Creo”: Alcohol-facilitated sexual violence among young women in the Spanish night-time economy. *Social & Legal Studies*, 31(4) 580-602. <http://dx.doi.org/10.1177/09646639211057288>.
- Uribe, P. (2020). Masculinidades Alternativas: Varones que se Narran al margen del Modelo Hegemónico y Generan Cambios a través de la Educación. *Revista latinoamericana de educación inclusiva* 14(2), 115-129.
- Villa, S. (2018). Etnografía de la masculinidad en el comercio sexual de Punta Arenas. *Revista Chilena de Antropología*, 38, 398-413. <https://doi.org/10.5354/0719-1472.51182>.

Wade. J (2020). Is it Race, Sex, Gender or All Three? Predicting Risk for Alcohol Consumption in Emerging Adulthood. *Journal of Child and Family Studies*, 29, 3481-3492. <https://doi.org/10.1007/s10826-020-01780-8>